

LA ORACIÓN, DIÁLOGO DE AMISTAD

La oración cristiana establece una relación entre la criatura y el Creador, basada en la revelación bíblica de Dios que expresa su amor en la fidelidad con su pueblo a quien se revela. Hoy surgen, sin embargo, tendencias gnósticas en la espiritualidad que no son más que remedos de antiguas herejías como el gnosticismo y el mesalianismo que se desviaron de la ortodoxia. La corriente de pensamiento de la New Age¹ es una expresión hodierna de dichas herejías, que, para más confusión del pueblo de Dios, toma temas de la tradición cristiana.

El problema es complejo porque la facilidad con la cual muchas personas en la actualidad asumen formas de religiosidad como las propuestas por la NE, dan la pauta de la enorme sed de espiritualidad del mundo occidental. Nuestra fe católica es interpelada porque constituye una exigencia para transmitir las riquezas de nuestro patrimonio espiritual.

Santo Tomás de Aquino, con meridiana claridad, precisa las pautas de una auténtica espiritualidad católica a partir del dato bíblico y del pensamiento de los Padres de la Iglesia.

Dios, en su bondad y sabiduría, quiso revelarse a sí mismo y manifestar el misterio de su voluntad, es decir, que todas las personas, por medio de Cristo, Verbo hecho carne, tuvieran acceso al Padre en el Espíritu Santo y llegaran a ser partícipes de la naturaleza divina. *“La novedad de la revelación bíblica consiste en que Dios se da a conocer en el diálogo que desea tener con nosotros”*, como nos lo recuerda Benedicto XVI². La escucha de la Palabra de Dios es el principio definitivo de la teología católica; conduce al entendimiento y al habla, y a la formación de la comunidad cristiana pues la Iglesia se funda sobre la palabra de Dios, nace y vive de ella. La oración cristiana se ancla en dicha escucha, en un diálogo personal de amor de amistad con Dios Uno y Trino.

En algunos escritos de autores afines a la espiritualidad NE³, se advierte un alejamiento progresivo de los contenidos esenciales de la fe cristiana porque sustituyen

¹ “Jesucristo, portador del agua de la vida. Una reflexión cristiana sobre la “Nueva Era”. Consejo Pontificio de la Cultura y Consejo Pontificio para el Diálogo Interreligioso. Ed. San Benito, Bs. As. 2003. En delante NE.

² Benedicto XVI, Exhortación apostólica postsinodal *Verbum Domini*, Agape, Bs. As. (2010), 6; cf. *Dei Verbum* 2, 6. BAC, Madrid, 1975.

³ Cf. *Op. cit.* “Jesucristo, portador del agua de la vida. Una reflexión cristiana sobre la “Nueva Era”.

la revelación acontecida en Cristo con una intuición de Dios sin forma ni imágenes, hasta llegar a hablar de Dios como de un vacío puro. Para contemplar a Dios haría solamente falta mirar directamente el mundo. Nada podría decirse sobre Dios; lo único que podemos saber de Él es que resulta incognoscible.

La existencia de Dios sería ya un sinsentido. Este apofatismo radical conlleva, incluso, a negar que la Biblia contenga afirmaciones válidas sobre Dios porque las palabras de la Escritura son meramente indicativas que sólo deberían servir para alcanzar el silencio. Las religiones, incluido el Cristianismo, serían uno de los principales obstáculos para el descubrimiento de la verdad. Más aún, pensar que el Dios de la propia religión es el único, sería simplemente fanatismo. Dios es considerado como una realidad cósmica, vaga y omnipresente y Su carácter personal es ignorado y negado en la práctica.

Jesucristo es considerado un maestro al lado de los demás, no es reconocido como el Hijo de Dios, sino simplemente como aquel que nos enseña que todos los hombres son hijos de Dios.

La dimensión escatológica de la persona humana entra en una suerte de disolución en el Dios impersonal y se declara también irrelevante la cuestión del destino después de la muerte. Debería interesar solamente la vida presente.

No existirían reglas objetivas de moralidad porque el mal es solamente ignorancia dado que el bien y el mal serían solamente valoraciones mentales impuestas a la realidad.

En consonancia a estas formas de espiritualidad, se predica un relativismo religioso por el cual cualquier credo o profesión de fe en Dios o en Cristo impedirían el acceso personal a la verdad.

La espiritualidad de la NE postula la bondad del ser humano quien no está herido en su ser profundo, que es divino, sino solamente alienado tanto a nivel espiritual, psíquico y corporal por los bloqueos impuestos por la vida moderna y los conformismos ligados a la civilización occidental judeo-cristiana. No hay pecado ni culpabilidad porque sólo importa que la espiritualidad esté acorde con la liberación del cuerpo de las emociones, sin pecados y sin reprobaciones, como si fuese en un estado de justicia original que ignorase la realidad del pecado original.

La tradición católica rebate tales afirmaciones. Existe una estrecha relación entre la oración y la revelación cristiana dado que Dios invisible “*movido de amor habla a los hombres como amigos (cfr. Ex. 33,11; Jn. 15, 14-15), trata con ellos (cfr. Bar. 3, 38) para invitarlos y recibirlos en su compañía*”⁴. La revelación de Dios que comunica su vida en el designio salvífico es esencialmente trinitaria, comunión ofrecida por el Padre a través de Cristo en el Espíritu Santo y respuesta del hombre que movido en el Espíritu por Cristo, invoca al Padre.

Santo Tomás acude a la definición clásica de San Juan Crisóstomo “*la oración es una elevación del espíritu hacia Dios, o la petición de Dios de lo que conviene*”⁵. Acorde con la tradición teológica, precisa en la oración la petición entendida en el sentido de las peticiones del Padre nuestro y de las oraciones litúrgicas. No se limita, pues, a la búsqueda del propio interés del orante sino que se inserta en la obra de la salvación que lleva a cabo la gracia de Cristo, en la Iglesia, Cuerpo Místico de Cristo.

La oración se inserta en las relaciones de amistad que unen a los hombres por la cual se dirige en forma de deseo, de solicitud, de sugerencia, de exhortación, de lamento de la creatura al Creador, al Dios que es Padre por Cristo en el Espíritu Santo.

El Aquinate ubica la oración en la virtud de la religión definida como la voluntad firme de rendir a Dios el honor y culto que se le deben⁶ vinculada a la virtud cardinal de la justicia. Como la creatura queda religada a su Creador supone una respuesta al amor debido a Dios, de manera filial en la cual la religión manifiesta la aspiración a Dios, inscrita en el corazón del hombre, desarrollada en fe, esperanza y caridad.

La virtud de la religión expresa, en primer lugar, la devoción, como una adhesión de corazón y una consagración a Dios y, de inmediato, la oración como un anhelo y una palabra dirigida a Dios.

La oración es acto de la razón⁷ práctica lo cual ha generado discusiones en la historia pues los voluntaristas y legalistas acusan al Angélico de intelectualismo pues no distinguen entre la razón especulativa y la práctica. La oración es causa ordenadora, no

⁴ *Op. cit. Dei Verbum*, n. 2.

⁵ S. THOMÆ AQUINATIS Doctoris Angelici *Opera omnia iussu impensaue Leonis XIII P. M. Edita. Cura et studio fratrum praedicatorum Romae 1882 sqq. Summa Theologiae* T. IV-XII 1888-1906. II-II, q. 83 a. 1. Existe también, entre otras muchas, la edición manual de la *Suma de Teología* de la Biblioteca de Autores Cristianos que reproduce el texto crítico leonino la cual hemos consultado Madrid, 1961. En adelante, *STh*.

⁶ *STh*. II-II, q. 83 a. 3

⁷ *STh*. II-II, q. 83 a. 1 c

imperativa, sino deprecativa⁸ que dispone para recibir algo de Dios al sujetarse a su voluntad, es decir, es una conclusión última en el proceso del conocer y del amar, consecuencia del consejo y juicio racional y del consentimiento y elección de la voluntad. La oración es, en definitiva, un acto de la razón práctica porque expresa una ordenación recta, impulsada por la voluntad.

La racionalidad de la oración concilia la contingencia de las peticiones en los designios de la Providencia Divina y en la inmutabilidad de Dios. El Aquinate presenta la oración como petición que inserta los deseos humanos en la dinámica misericordiosa y libre de la Providencia de Dios. La oración del creyente no muta la voluntad de Dios que no es voluble sino que Él conoce todas las cosas puesto que todo está en Él lo cual comprende, también, la marcha contingente de la historia. Hay un auténtico sentido de la Providencia en la súplica de la oración puesto que apela a la voluntad de Dios que es, de suyo, inmutable pero que Él ha decidido darnos ciertas cosas, sólo si son pedidas y sólo porque el orante las pide; se inserta en el ámbito de su Providencia, de esa razón que gobierna el mundo.

En efecto, la oración del creyente es causa dispositiva, no eficiente porque manifiesta que Dios ha dejado en nuestras manos la eficacia de la oración, merced al principio de las causas segundas. Por consiguiente, si la oración es eficaz no dice a la inmutabilidad de Dios sino a lo pedido porque Dios ha decidido conceder algo, si lo pedimos convenientemente al punto que la petición del orante realiza el plan de la Providencia. Dios lo inserta en el gobierno del mundo porque la persona humana, siendo creatura, recurre a Dios omnipotente para fundamentar el sentido de su oración.

En conformidad con lo dicho, para el Aquinate la oración presupone alteridad, ponerse libremente en actitud de adoración, acción de gracias, súplica, fe y obediencia. La oración cristiana no es una mera introspección sino entrar humildemente en la voluntad del Otro: *“Padre, no se haga mi voluntad sino la tuya”* (Lc. 22,42).

La oración cristiana es siempre cristológica, se imposta en la Santísima Trinidad ya que nadie va al Padre sino por el Hijo en el Espíritu Santo, empalma en la estructura misma de la fe cristiana. Así se advierte en el Padre Nuestro, como lo comenta Santo Tomás.

Es también eclesial porque el nosotros es en la Iglesia sea en la oración pública en común o en el secreto de nuestra oración El Compendio del Catecismo de la Iglesia

⁸ *Ibíd.* a. 10

Católica dice: *¿Por qué decimos Padre “nuestro”? “Nuestro” expresa una relación nueva. Cuando oramos al Padre, lo adoramos y lo glorificamos con el Hijo y el Espíritu. En Cristo, nosotros somos su pueblo, y Él es nuestro Dios, ahora y por siempre. Decimos de hecho, Padre “nuestro”, porque la Iglesia de Cristo es la comunión de una multitud de hermanos, que tienen “un solo corazón y una sola alma” (Hch. 4,32)⁹.*

Frente a los errores de la NE que despersonaliza la oración, la enseñanza de nuestra fe cristiana manifiesta la centralidad de la escucha de la revelación del Dios que se ha manifestado en Cristo y nos ha entregado su Espíritu y es, a su vez, respuesta personal para entrar en comunión divina. Por consiguiente, la oración cristiana es esencialmente trinitaria, comunión inefable del Padre, a través de Cristo en el Espíritu Santo y respuesta del hombre que movido por el Espíritu por mediación de Cristo, invoca al Padre.

La oración cristiana está transida por el sentido de la amistad divina ofrecida por Dios a los hombres ya desde el Antiguo Testamento, como lo manifiestan los grandes orantes (los patriarcas, Abraham, Isaac, Jacob, el legislador Moisés, los profetas desde Elías y Eliseo, y los demás profetas y el pueblo de la Alianza). Es plenamente confirmado por Cristo en el diálogo de amistad con las creaturas, a quienes pide oración incesante (Cfr. Lc. 18, 7).

Los Padres de la Iglesia han acentuado el diálogo, la amistad con Dios, como, por ejemplo, San Clemente Alejandrino *“El hombre espiritual trata con Dios como a un amigo íntimo de corazón a corazón; por eso mantiene en toda ocasión su ánimo vigilante y alegre”*¹⁰. Una de las cumbres de la mística católica, Sta. Teresa de Ávila nos lo dice expresamente *“No es otra cosa oración mental, a mi parecer, sino tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas, con quien sabemos nos ama”*¹¹.

La meditación cristiana es un diálogo confiado con el Padre, en Cristo, en la comunión del Espíritu. Se medita con el lenguaje revelado por Dios, como, por ejemplo, en la oración por antonomasia del creyente, el Padrenuestro. La meditación de la NE, imbuida de técnicas psicofísicas, se centra en un esfuerzo del hombre por alcanzar el Absoluto. Pretenden liberar al hombre del mal que se identifica con todos los sufrimientos, miserias y límites de la existencia humana que mantienen presa al alma en

⁹ *Compendio de Catecismo de la Iglesia Católica*. CEA, 2005.

¹⁰ *Stromata VII* PG 9, col. 401-558.

¹¹ *Libro de la Vida* 8, 5 Espiritualidad, Madrid, 1976 2º edición.

la “cárcel” del cuerpo. La meditación sirve para alcanzar el Nirvana, estado de paz, de inmortalidad, de felicidad que se obtiene a costa de un esfuerzo personal, mediante una técnica de meditación que comprende varias etapas de meditación.

En cambio, la meditación cristiana subraya el encuentro con una Persona, Cristo, que es camino, verdad y vida e implica una *sequela Christi*. Es el dato unificador de las experiencias religiosas de los grandes teólogos cristianos como el Aquinate que caracterizó su pensamiento y obra. Muy por el contrario, el criterio unificador de las experiencias religiosas no cristianas para las cuales sea el Absoluto personal o impersonal, lo que vale es la experiencia trascendental con prescindencia e, incluso, rechazo de las turbaciones, dificultades, abandono, como experiencia espiritual propia de la fe católica como lo advierten los grandes místicos, como San Juan de la Cruz, cuando habla de la experiencia de la noche oscura de la fe.

El inconveniente que plantea el misticismo de la NE es el de deificar o absolutizar la experiencia de sí mismo, omitiendo la distancia de la creatura con el Creador. Es necesaria la gracia divina para vivir el auténtico misticismo cristiano que no puede alcanzar ninguna fuerza humana o técnica. Jesucristo es el único y universal Salvador de todos los hombres, y Él es el único camino de salvación en tanto que para la espiritualidad NE, la religión es un camino para alcanzar lo Supremo, y ninguna religión puede pretender ser única y definitiva.

La relación entre la oración cristiana en su núcleo principal y las diferentes formas de oración, se manifiesta en que la teología católica, comprendida fundamentalmente con San Agustín como el “*razonamiento o discurso sobre Dios*”¹², es una en su esencia y tiene sus exclusivas características propias como ciencia: su materia propia es el solo y único Dios, y estudia su materia del modo que le es propio, esto es, por medio del uso de la razón iluminada por la revelación. La oración cristiana implica una ciencia de amor divino, *Divini Amoris Scientia*¹³ de sabiduría, no una técnica de autoayuda como en la NE. En el comienzo de la *S.Th.*, santo Tomás explica que todo en la teología se entiende en referencia a Dios, *sub ratione Dei*¹⁴. La gran

¹² San Agustín, “*De divinitate ratio sive sermo*” (*De civitate Dei* VIII, 1: CCSL 47,216-217).

¹³ San Juan Pablo II, *Divini Amoris Scientia*, Carta Apostólica publicada en la Jornada Mundial de las Misiones de 1997 por el cual declara Doctora de la Iglesia a Santa Teresa de Niño Jesús y de la Santa Faz, Paulinas, Bs. As., 1997.

¹⁴ *S.Th.*, Ia, q.1, a.7: «Omnia autem pertractantur in sacra doctrina sub ratione Dei, vel quia sunt ipse Deus; vel quia habent ordinem ad Deum, ut ad principium et finem. Unde sequitur quod Deus vere sit subiectum huius scientiae».

diversidad de asuntos que abarcan las corrientes de espiritualidad católica encuentra su unidad en esta última referencia a Dios. En definitiva, todas las facetas contenidas en las distintas corrientes espirituales se orientan a lo que es el Misterio absoluto individual en el sentido más estricto, es decir, el Misterio de Dios. La referencia a este Misterio une a la oración cristiana, en su amplia variedad de materias, asuntos y contextos; y la idea de *reductio in Mysteriorum* puede ser valorada como una expresión del dinamismo que une profundamente las diversas corrientes de espiritualidad (dominica, benedictina, cartujana, franciscana, jesuítica, etc.) dentro del núcleo fundamental de la fe católica.

La espiritualidad cristiana tiene en cuenta el dogma del pecado original y la redención por la muerte de Cristo. La concupiscencia, el *fomes peccati*, sigue presente en la creatura y la gracia de Cristo actúa por medio de las virtudes, que integran el organismo sobrenatural del creyente. La respuesta cristiana pasa, necesariamente, por la cruz del Redentor. Él murió por nuestros pecados y los de todo el mundo, satisfacción cumplida por Cristo, a favor del pecador de una vez para siempre, como lo ha sostenido largamente el Aquinate, en la *Tertia pars* de la *STh*. La NE, en cambio, exalta de tal modo la bondad intrínseca del ser humano por el cual éste puede hacer todo lo que se propone que recuerda la herejía pelagiana del siglo IV.

En resumen, se puede decir que la oración cristiana enfoca el Misterio de Dios revelado en Cristo, y articula la experiencia de fe que tienen aquellos que participan de la vida de Dios en la comunión de la Iglesia por la gracia del Espíritu Santo, que la conduce hacia la verdad (*Jn* 16,13).

En el diálogo con el mundo contemporáneo, el cristianismo tiene un modo de activar una propia y específica dinámica en la recuperación del sentido de Dios y la centralidad de las relaciones entre las personas, la comunidad humana que se inspira en la Trinidad. Uno de los puntos más débiles de la ideología esotérica de la NE es su rechazo al concepto de persona y su relación con Dios. El mentado racionalismo esotérico no acepta el misterio porque sólo pretende certezas, de tener en sus manos la existencia al reducir su mensaje a técnicas de introspección. Lo hace de una manera contradictoria tratando de abolir justamente el misterio – que para los creyentes es el misterio del Dios revelado en Jesucristo – del cual la existencia toma sentido.

Las enseñanzas del Doctor Humanitatis nos ayudan a discernir el sentido auténtico de la oración cristiana con su carácter personal e histórico y con su dimensión

social, con su esencial orientación al amor, al servicio cotidiano de la vida cristiana en medio del mundo. Es un diálogo de amistad porque todo ser humano se encuentra con Dios personalmente, con su propio nombre.

José Ignacio Ferro Terrén